TEXTO: **JORGE VOLPI** — **NOTAS PARA UN PROGRESO HUMANISTA**



ILUSTRACIÓN: **CÉSAR SEBASTIÁN**

La misión de la autodenominada “Ilustración Oscura” es desmantelar y desprestigiar los pilares que sostienen las democracias liberales bajo la premisa de que ocultan intereses privados: burocracia, universidades y medios de comunicación han sufrido así el ataque directo, durante el segundo mandato de Trump, de este sector ideológico, la enésima mutación de la derecha radical.

LA CATEDRAL SUMERGIDA

Como si fuesen émulos de Tom Cruise, sus adeptos han aceptado una sola misión no del todo imposible: desmantelar la Catedral. En realidad, se trata de la tarea que la extrema derecha, en sus múltiples encarnaciones —de la *alt-right* a los libertarios, y de los neorreaccionarios a los aceleracionistas— ha emprendido a lo largo de los últimos decenios: erosionar paso a paso todas las estructuras sociales que sostienen el paradigma político que heredamos de la Ilustración. Y lo peor es que —mal que nos pese— en buena medida ya lo ha conseguido: a fuerza de minar a diario las ideas que sostienen la democracia, y en particular al oponerse de manera sistemática a los principios de igualdad y solidaridad heredados de la Revolución francesa, a fin de concentrarse en una supuesta defensa a ultranza de la libertad individual, han logrado que su discurso autoritario y discriminatorio no solo se haya vuelto *decible* —que haya traspasado la llamada ventana de Overton—, sino que el resto del espectro político, de la socialdemocracia a la órbita conservadora, haya empezado a utilizar su mismo vocabulario sin conciencia o sin pudor.

Corresponde a Curtis Yarvin —quien, en su avatar digital, resulta más reconocible bajo el apelativo de Mencius Moldbug— el haberle dado un nombre a su objetivo. En incontables *posts* difundidos en su blog, *Unqualified Reservations* (2007-2013), juega con un paralelismo histórico que, más allá de su inexactitud fáctica, no deja de resultar seductor: así como el Medioevo se sustentaba en una doctrina defendida a cal y canto por la Iglesia y el Imperio, encarnados en sus diversas instituciones, de los monasterios al papado, nuestra modernidad tardía también es un régimen monolítico anclado en un conjunto de dogmas que producen y legitiman un relato —la democracia liberal— que no se corresponde con los hechos. Para él, la burocracia, las universidades y los medios tradicionales forman una tríada que no hace otra cosa que encubrir sus intereses oligárquicos.

“Curtis Yarvin, con el seudónimo Mencius Moldbug, dio nombre a esta corriente en su blog *Unqualified Reservations*”



Las ideas progresistas —con sus extremistas *woke*, no muy distintos de los fanáticos religiosos de otras épocas— conforman, para Yarvin, un culto secular que, si bien no dispone de una autoridad única a semejanza del papa, legitima un Estado fallido. En su esquema, el clero —es decir, el conjunto de esos profesores, investigadores, periodistas y burócratas a su servicio— solo busca engatusar a los ciudadanos al hacerles creer que gozan de la capacidad de elegir a sus representantes, ocultando que son ellos, los defensores de la Catedral, quienes ejercen el poder real. En vez de la Trinidad o la Inmaculada Concepción, el progresismo ha elevado al rango de actos de fe la Igualdad, la Justicia Social y la Comunidad, los tres pilares de un credo que busca atajar la violencia natural presente en cualquier sociedad con la promesa de un ilusorio *más allá*: un paraíso terrenal de equidad absoluta al cual, como en cualquier promesa escatológica, resulta imposible llegar y se convierte en un mero pretexto para conservar su dominio y asegurar la inmovilidad social.

No deja de resultar asombroso que un provocador marginal como Yarvin, quien no tiene empacho en mezclar la ciencia ficción con Carlyle, haya terminado por convertirse en un referente central de la nueva derecha estadounidense y, por extensión, de la que hoy adquiere cada vez mayor relevancia global. Luego de que Peter Thiel, a quien podría considerarse el ideólogo de la derecha tecnocrática, afirmase en 2009 que ya no creía que la democracia y la libertad fueran compatibles, Yarvin no dudó en defenderlo. Como resultado, el cofundador de PayPal y Palantir aceptó financiar Tlon —el nombre proviene, por supuesto, de Borges—, la *startup* que el bloguero quería poner en marcha a fin de construir un nuevo sistema digital que no requiera del concurso de plataformas como Google o Facebook.

A partir de entonces, la relación entre ambos se estrechó cada vez más: sin decirlo, Thiel y sus discípulos habían identificado a su filósofo de cabecera. Según le contó a Milo Yiannopoulos, otro bloguero de la derecha alternativa (paradójicamente expulsado de Estados Unidos por el ICE), Yarvin vivió la elección de Trump en 2016 en casa de Thiel. El empresario también fue su vínculo con J. D. Vance, su protegido en Mithril Capital y a quien apoyó con 15 millones de dólares en su campaña al Senado y luego como vicepresidente de Donald Trump. Aunque los portavoces de Vance han insistido en que no mantiene una estrecha amistad con Yarvin, sus ideas se han convertido en parte crucial de su acción política.



“Para Yarvin, la burocracia, las universidades y los medios tradicionales forman una tríada que no hace otra cosa que encubrir sus intereses oligárquicos”

La decisión de despedir al mayor número posible de burócratas, a fin de reemplazarlos con incondicionales a su causa, se inspira en Yarvin —quien le dio el nombre de RAGE: *Retire All Government Employees*—, el antecedente de DOGE, el Departamento de Eficiencia Gubernamental que Trump al final puso en manos de Elon Musk. En su corta vida, este programa contribuyó a la salida de más de 300 mil empleados federales, la mayoría mediante renuncias, jubilaciones y dimisiones incentivadas. Si bien Yarvin luego criticó el resultado, al afirmar que se quedó demasiado corto —al final no impulsó un cambio de régimen—, ello no elimina la influencia que tuvo en su creación.

Las ideas de Yarvin también pueden rastrearse en el ataque sistemático de Trump a las universidades: al menos seis de las más importantes, Columbia, Northwestern, Cornell, Brown, Penn y UVA, acabaron por ceder a la presión del Gobierno para disminuir programas de diversidad, equidad e inclusión o para penalizar la libertad de expresión con el pretexto de combatir el antisemitismo. Una victoria ideológica que apenas se vio empañada por la resistencia de Harvard, todavía pendiente de resolución en los tribunales, que ha sentado un precedente de autocensura en el entorno académico estadounidense.

Del mismo modo, los incansables ataques de Trump a los medios tradicionales, o la presión para desmantelar sus vertientes más críticas —baste pensar en el cambio de perfil que Jeff Bezos le ha dado al *Washington Post*—, no solo responden a su temperamento atrabiliario y hostil al escrutinio, sino a la estrategia calculada de minar otra columna de la Catedral. Con un impacto aún más dramático, la eliminación de los moderadores en las redes sociales, en particular en X y Facebook, también contribuyó a desvanecer la posibilidad de que los ciudadanos cuenten con información confiable y se hallen en cambio sometidos a un permanente bombardeo de *fake news* cuyo fin no es tanto convencerlos de absurdas teorías de la conspiración, sino sumirlos en un entorno tan caótico que les resulte imposible diferenciar la verdad de la mentira. Si bien Trump ha fracasado en otras áreas de su proyecto, su decisión de demoler la Catedral ha sido implacable y ha hecho estragos en un sistema que, incluso si MAGA fuera apartado del poder, costará mucho tiempo reconstruir. Acaso sin demasiada conciencia, Trump ha asumido buena parte del ideario de Yarvin, cuyo fin es transformar el Estado en una especie de empresa privada, dotada con su propio CEO desprovisto de controles.

Quizás Yarvin no se equivoque tanto en el diagnóstico de los poderes fácticos que controlan las democracias —en muchos sentidos, la tríada catedralicia formada por la burocracia, la academia y los medios— la ha convertido en un pretexto para salvaguardar los intereses de sus miembros, pero ello no implica que la solución sea eliminar las instituciones que sostienen a la democracia, sino defenderlas con la mayor firmeza posible. Frente al despotismo ilustrado que promueve la Ilustración Oscura —el término no proviene en este caso de Yarvin, sino de Nick Land—, convendría resucitar el lado más radical de las Luces: la cotidiana batalla para reintroducir en el discurso la igualdad y la fraternidad no como dogmas, sino como principios rectores de toda acción política.